

1. Propuesta loca

LAS exhibiciones de moda indumentaria son la plaga de nuestra brillante modernidad. Desfiles de alta o de media costura en toda época y a cualquier hora. Guapos y guapas luciendo prenda ante las cámaras con paso tieso y mirada perdida. Pasarelas y escenarios de breve trazado por los que circula la ostentación más superficial que cabe, la de la prenda inútil.

Dicen que esas muestras ahítas de sofisticación, con atavíos que nadie se pondría jamás, diseños a menudo tan extravagantes como efímeros, son en realidad el motor del progreso en el vestir nuestro de cada día y de cada noche, algo así como lo que suponen los viajes a la Luna para el avance en la concentración de los alimentos sintéticos que luego nos ponen en el desayuno.

Puede ser. Esta sociedad nuestra, sometida a la dictadura de la mirada, en la que el valor se mide en grados de deslumbramiento visual, ha conseguido hacer de la exageración y de la rareza un sustitutivo comercial de la tendencia utópica. Nadie nunca osará envolver su cuerpo de aquella guisa, pero hay que poner el ropaje en Flandes para que se enteren en Logroño por dónde van los tiros en materia de jaez. La función de la tendencia, que se dice.

A mí lo que más me molesta de semejante estrategia es la ceremonia, la puesta en escena mediática, la difusión masiva del engreimiento y del adorno, el agravio comparativo, vamos. Toda esa gaitería de celofán y paño fino se retransmite por televisión, es página de cierre en cantidad de telediarios, en muchos programas de variedades o magazines hay un espacio dedicado al desfile de marras, y no digamos nada de las toneladas de papel couché que esplendoriza lo último en hechura y confección. Todo es maravilloso, divino y demasiado.

Valdría la pena bajar las cámaras de la pasarela al asfalto y mostrar la tendencia real, las auténticas ropillas de fin del milenio, esa moda escasa de dobladillo y angustiosa de talle que generan el frío y la ausencia de techo. La

propuesta es loca, ya lo sé, fuera de tiempo y a contraconciencia. Mientras, viviremos escindidos entre la Pasarela Cibeles y los que pasan por la Cibeles. Que son dos mundos muy distintos.

L. U.

2. Todopoderosa información

LA cadena norteamericana de televisión CBS ha emitido hace unos días en su informativo de mayor audiencia, que presenta Dan Rather, un resumen del video grabado durante la matanza producida el 20 de abril en el Instituto Colombine de Denver, cuando dos estudiantes asesinaron a doce alumnos y un profesor antes de suicidarse. Las imágenes habían sido recogidas por las cámaras de seguridad instaladas en los pasillos del instituto y forman parte del material utilizado en la investigación del caso por el FBI.

Al parecer, los reporteros de la CBS las obtuvieron durante un seminario organizado por la policía local sobre operaciones de evacuación en situaciones extremas, en donde proyectaron extractos de esa grabación a modo de ilustración. Pero no entro ahora en la legalidad o no de la forma como se obtuvieron dichas imágenes. Lo que pone el alma de punta es la justificación dada por la CBS para la emisión. La dirección de los servicios informativos de la emisora decidió que, aunque el documento podía ser doloroso para muchas familias afectadas por la tragedia, debía ser emitido por su valor informativo.

Uno se pregunta por encima de cuántos otros valores, incluidos los que atañen al respeto de los familiares de las víctimas, puede saltar impunemente el valor informativo. Así, al pronto, se me ocurre que el valor de la información dependerá sin duda también, en buena parte, del fin que ésta pretenda. Dicho de otra manera: informar ¿para qué? La respuesta fácil, tan profesional y aséptica ella, de que «se informa para informar y basta», no me sirve. Se informa, que uno sepa, para formar. Ambas funciones son inseparables en cualquier manual de ciencia de la comunicación.

No hay que silenciar la violencia en los medios. Pero también es cierto que la reincidencia sobre los hechos violentos no genera ningún conocimiento útil, y que el simple objetivo de informar ni valora ni justifica automáticamente nada. Y menos la repetición de un sufrimiento inane.

L.U.

3. Queridos políticos

SE trata de un señor hecho y derecho que lucha por convertirse en enésimo triunfador de una campaña electoral que le renueve en su cargo de senador, con aspiraciones objetivas a la misma presidencia de los Estados Unidos. Jay Bulworth es un tipo lúcido, inteligente y atractivo, que ha dejado de creer en lo que le convenció hace un tiempo y, además, su matrimonio se ha convertido en un pastiche de engaños mutuos. Entra en una crisis profunda y radical, hastiado de todo cuanto le rodea. Y decide poner fin a su vida de una forma hartó compleja. Hasta aquí, todo resultaría normal o casi normal, dados los parámetros de nuestras latitudes. Pero resulta que hay mucho más.

Cuando el senador, aterrado, huye de sus compromisos electorales y se sumerge, casi sin caer en la cuenta del detalle, en las situaciones marginales de todo tipo de su ciudad, con ciudadanos de color sometidos a una ingente pobreza y al margen de toda estructura democrática, con ambientes degradados en los que la drogadicción es pan permanente, con criaturas convertidas en camellos recalcitrantes, con programas televisivos amañados para su mayor gloria, con asesores que le incitan al éxito sin tener en cuenta un mínimo de su vida personal, y en el colmo de todo ello, cuando siente un amor intenso por una mujer de color que le comenta la cruda realidad en que vive, entonces y solamente entonces, el senador despierta del maldito sueño tenido durante años, rompe con todos los estereotipos sociales y se lanza a proclamar una renovadora verdad a costa de su propia imagen y de su propio juego político. Y como es lógico, este senador convertido en un personaje peligroso por diferente y por bocazas, acaba como acaban todos los heterodoxos que dicen la verdad.

En ocasiones, uno se pregunta, siguiendo la convención de esta excelente película que es *Bulworth*, del siempre incisivo Warren Beatty, si los políticos de nuestro solar patrio han padecido algo semejante, alguna enfermedad pasajera que les haya permitido transitar de lo «establecido» a lo «alternativo», para darse perfectamente cuenta de la realidad a la que deben hacer frente y animarse a pronunciar esa palabra de más que siempre les aterra. Queridos políticos, partidistas políticos, medrosos políticos, y, a la vez, necesarios políticos, a los que tanto cuesta saltarse la barrera de lo predispuesto para descubrir lo indispuerto...

P. de P.

4. Pinochet: perennes resabios de dictador

QUE no nos engañen. La única culpa de lo que le ocurre a Pinochet (vivir lujosamente, en capital cosmopolita, y pendiente de un juicio con todas las garantías) sólo la tiene Pinochet. Veamos:

1.º Parece que él es autor de crímenes, torturas, órdenes de desaparición, violaciones de derechos en número considerable.

2.º Es él quien impone un tipo determinado de transición y un paulatino abandono de un omnímodo poder.

3.º Es él quien libremente abandona Chile, su país.

4.º Es él quien, sin duda con ese resabio de dictador, y desde la convicción de su *intocabilidad* (él, que tocó a muchos, y no de la mejor forma posible), *viaja en busca de mejores médicos que en Chile*, bofetada a su país que resulta incomprensible le sea perdonada al dictador incluso por sus partidarios.

Sólo, pues, nos debe inspirar la pena de cualquier reo. Y para él hemos de desear, en ese trance procesal en que va a encontrarse, sólo las mismas *garantías plenas* que para cualquier otro justiciable. Ya se encargarán sus defensores de pregonar todo lo bueno que hizo. A partir de defensas y acusaciones, que funcione la *Justicia*, que es la única que debe enjuiciarle. Entretanto, que el temor que él inspiró a tantos, le acompañe hasta convertirle en persona y no en ominoso dictador.

P. S.

5. Cuarenta años

CUANDO las ONGs no estaban de moda y prácticamente no se había superado el concepto de «misiones», cuando solamente el Domund protagonizaba la interrogación de los ricos respecto de los pobres, además de algunos exploradores que nos narraban sus viajes y descubrimientos en territorios lejanos, hace ya cuarenta años que se fundó Manos Unidas. Una organización relacionada con la Iglesia católica española, pero que ha sabido permanecer en una sutil distancia respecto de su funcionamiento, al menos en nuestra percepción. Vale la pena reflexionar «con acento» su peculiar natu-

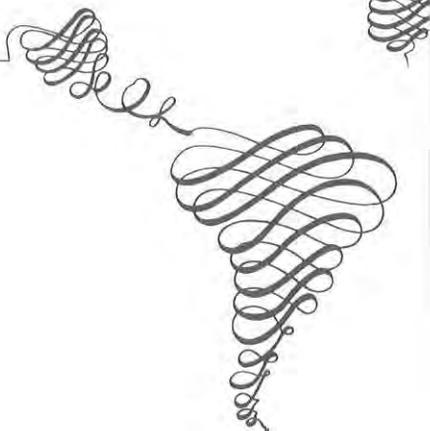
raleza y acción solidaria pero también caritativa, ahora que estas dos palabras parecen negarse la una a la otra.

Manos Unidas ha sido una obra de mujeres. Puede que una de las obras femeninas realizadas en España con mayor índice de aceptación y de significatividad en lo referente al lugar que la mujer debe ocupar en la sociedad concreta que vivimos. No ha sido una obra feminista, en el sentido estricto del término, pero ha ido creciendo en determinación, en proyección y en desarrollo de las mujeres que la han conducido progresivamente y, sobre todo, de las mujeres del Mundo Tercero, a las que han dedicado una parte llamativa de sus esfuerzos. Dicho de otra manera, Manos Unidas ha tenido, desde su origen, un sentido muy objetivo de la función de la mujer en zonas pobres, desamparadas, machistas hasta el tuétano, y ha forzado una auto-concepción de muchas de ellas realmente revolucionaria de las estructuras sociales en que se movían. No en vano, entre sus muchos proyectos, aparecen 1.884 dedicados específicamente a la promoción de la mujer, que alcanzan a más de 140.000 mujeres en todos los lugares del mundo. Las cifras mandan.

En este momento, Manos Unidas tiene que aceptar la coincidencia en el mismo empeño de muchas ONGs, aparecidas durante estos cuarenta años de servicio en favor de una justicia que brota de la fe. Ya no es la única institución en hacer lo que hace. Seguramente ha tenido que enfrentar la situación con criterios de colaboración que antes no eran necesarios, perdiendo un tanto su protagonismo primero. Pero este detalle, que nunca debiera de preocupar a sus miembros, es signo eficaz de la tarea realizada, de su acción pionera en un campo solamente ahora descubierto masivamente, y del excelente resultado que le ha dado concebir el tiempo de ocio como tiempo de evangélica caridad y de humana solidaridad.

Habrà, pues, que darle las gracias a este colectivo de mujeres, y desearele un futuro tan fiel a sus criterios como a la permanente innovación histórica.

P. de P.



Mis tres sueños

Carlo Maria Martini

Por su especial significado reproducimos la intervención —original en italiano— del cardenal Martini, arzobispo de Milán, en el Sínodo de los obispos europeos (7-X-99).

HE escuchado con vivo interés todas las intervenciones hechas hasta aquí, intentando entender de qué modo pudieran responder a la pregunta: cómo Jesucristo, vivo en su Iglesia, es hoy fuente de esperanza para Europa.

Pero antes de expresar mi propio parecer, querría evocar a una persona que muchos de nosotros recordamos como presente en esta aula y que el Señor ha llamado junto a sí el pasado 17 de junio: se trata del cardenal Basil Hume, arzobispo de Westminster. Más de una intervención realizada por él en el Sínodo comenzó con las palabras: *I had a dream*, «he tenido un sueño».

También yo en estos días, escuchando las intervenciones, he tenido un sueño, más todavía, varios sueños. Traigo a colación tres.

1. *Sobre todo*, el sueño de que, a través de una familiaridad cada vez más grande de los hombres y mujeres europeos con la Sagrada Escritura, leída y rezada en la soledad, en los grupos y en las comunidades, se reavive aquella experiencia del fuego en el corazón que tuvieron los dos discípulos en el camino de Emaús (*Instrumentum laboris*, 27). Me remito para todo esto a lo que ya ha dicho Mons. Egger, obispo de Bolzano-Bressanone. También por mi experiencia, la Biblia leída y rezada, en particular por los jóvenes, es el libro del futuro del continente europeo.

2. *En segundo lugar*, el sueño de que la parroquia continúe actualizando, con su servicio profético, sacerdotal y diaconal, aquella presencia del Resucitado en nuestros territorios, que los discípulos de Emaús pudieron experimentar en la fracción del pan (II, 34, 47). En este Sínodo, ya se han manifestado diversas opiniones para evidenciar el papel de los movimientos eclesiales en orden a la vivificación espiritual de Europa. Pero es necesario que los miembros de los movimientos y de las nuevas comunidades se incardinan vitalmente en la comunión de la pastoral parroquial y diocesana, para poner a disposición de todos los dones particulares recibidos del Señor y para someterlos al examen del entero pueblo de Dios (II,47). Hasta que esto no suceda, resulta perturbada la vida entera de la Iglesia, tanto la de las comunidades parroquiales como la de los mismos movimientos. Donde, por el contrario, se realiza una eficaz experiencia de comunión y de corresponsabilidad, la Iglesia se ofrece a sí misma como signo de esperanza y propuesta alternativa creíble a la disgregación social y ética lamentada por tantos.

3. *Un tercer sueño* es que el retorno festivo de los discípulos de Emaús a Jerusalén para encontrar a los apóstoles se convierta en estímulo para repetir de vez en cuando, en el curso del siglo que se abre, una experiencia de confrontación universal entre los obispos, que sirva para escoger alguno de los temas disciplinares y doctrinales que, quizá, han resultado poco evocados en estos días, pero que reaparecen periódicamente como puntos calientes en el camino de las iglesias europeas y no sólo europeas. Pienso, en general, en las profundizaciones y en los desarrollos de la eclesiología de la comunión del Vaticano II. Pienso en la carencia, de algún modo ya dramática, de ministros ordenados y en la creciente dificultad para un obispo de proveer al cuidado de almas en su territorio con suficiente número de ministros del evangelio y de la eucaristía (II,14). Pienso en algunos temas referentes al papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia, la participación de los seglares en algunas cuestiones como la responsabilidad ministerial, la sexualidad, la disciplina del matrimonio, la praxis penitencial, las relaciones con las iglesias hermanas de la ortodoxia, y, más en general, la necesidad de reavivar la esperanza ecuménica; pienso en la relación entre democracia y valores, entre leyes civiles y leyes morales.

NO pocos de estos temas ya emergieron en Sínodos precedentes, sea generales o especiales, y es importante encontrar lugares e instrumentos adecuados para su atento examen. Para esto, no son

ciertamente válidas ni las investigaciones sociológicas ni las recogidas de firmas. Ni los grupos de presión. Y puede que ni tan siquiera un Sínodo pudiera ser suficiente. Algunos de estos puntos probablemente necesitan de un instrumento colegial más universal y autorizado, donde puedan ser afrontados con libertad, en el pleno ejercicio de la colegialidad episcopal, en la escucha del Espíritu y teniendo presente el bien común de la Iglesia y de la humanidad entera.

Nos sentimos llevados a interrogarnos si, cuarenta años después del comienzo del Vaticano II, no está madurando poco a poco, para el próximo decenio, la conciencia de la utilidad y casi de la necesidad de una confrontación colegial y autorizada entre todos los obispos, sobre algunos de los temas medulares surgidos en estos cuatro decenios. Aumenta la sensación de hasta qué punto sería hermoso y útil para los obispos de hoy y de mañana, en una Iglesia ahora cada vez más diversificada en sus lenguajes, repetir aquella experiencia de comunión, de colegialidad y de Espíritu Santo que sus predecesores han desarrollado en el Vaticano II y que hoy solamente es memoria viva desde contados testimonios.

Roguemos al Señor, por intercesión de María, que estaba con los apóstoles en el Cenáculo, que nos ilumine para discernir si, cómo y cuándo, nuestros sueños pueden convertirse en realidad.